

Los Libros

DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA, por *Enrique Molina* (1)

Un Compañero de muchos días

Un libro muy de mi gusto, muy en consonancia con mis temporales meditaciones, tan análogo que muchos de sus pasajes eran res puestas a mis preguntas, o corroboraciones de mis ideas, ha sido mi compañero durante algunas horas de mis lecturas nocturnas. Se llama: «De lo espiritual en la vida Humana». Su autor es el ilustre profesor de Filosofía de la Universidad de Concepción, Chile, señor don Enrique Molina.

Es uno de los sólidos y serenos reflexionadores que desde la enhiesta inmovible roca de su erudición y su experiencia, mira y analiza con su espíritu elevado por sobre las tribulaciones de los humanos náufragos en esta crisis, las tribulaciones mismas con que este ciclo ha enloquecido a la raza que goza del privilegio de la conciencia en este globo, en el cual parece hubiera perdido ella la brújula de su orientación, o él hubiera sufrido graves perturbaciones en sus polos magnéticos.

Optimismos y pesimismos alternan, como es natural, en esa plitécnica lucubración, y uno de los segundos es éste liminar: «No me imagino fácil la llegada del día en que la humanidad se agrupe bajo el espléndido palio de una unidad de creencias. Si

(1) De la «Revista Municipal» de Guayaquil, enero y febrero de 1940. n.º 71.

los hombres pudieran vivir guiados por las luces de un deísmo definitivo, habrían resuelto uno de sus problemas más inquietantes».

Yo, por el contrario, columbro cercana esa era tras del desconcierto actual de la mundial conciencia. Desde que la historia nos escribió sus primeras páginas, hasta hoy, el mismo resultado se repite con la exactitud del total en una suma aunque la colocación de sus sumandos se altere. Tras de cada crisis aparente del Progreso, las reformas religiosas son el primer espejo en que se reflejan las renovaciones. Así tras de Abraham, tras de Critzan, de Budha, de Hermes, de Moisés, Zoroastro, de Jesús, de todos los reformadores trascendentales, expresiones síntesis cada uno de ellos de una era crítica en la conciencia de sus épocas.

De la anterior Guerra misma ¡cuánta variación en conciencia religiosa!

El mismo libro nos da estotro pasaje más optimista:

«Después del siglo XIV y sobre todo desde el Renacimiento y la Reforma, se inicia la crisis religiosa de los tiempos modernos, lo cual no obsta a que en los siglos XVI y XVII, años de la guerra de religión, haya manifestaciones de la fe más acendrada. Muestras de ella han sido en los países católicos el magnífico florecimiento de la santidad, y en los protestantes grandes empresas alentadas por el sentimiento, como la colonización de la Nueva Inglaterra, sentimiento que ha sido por otra parte la sólida base espiritual y ética de la nacionalidad norteamericana.

La crisis se acentúa a contar del siglo XVIII. Coincide ella con los enormes progresos que las ciencias han realizado al mismo tiempo y con adelantos técnicos y materiales nunca vistos. Y como balance actual tenemos el cuadro de los desconciertos, incertidumbres, problemas y trastornos sociales de la época presente.

¿Qué hacer, se preguntan los espíritus atribulados, para encontrar en esa desorientación no sólo una brújula segura, sino para dar nuevo valor a la vida disecada y mecanizada por la

ciencia y la técnica? El deísmo del siglo XVIII, que no ha sido más que el cristianismo sin revelación y sin dogmas, se habría mostrado incapaz de corresponder a estas necesidades; también habrían fracasado el liberalismo humanitario, la religión de la Humanidad y la Religión del progreso material e inclinado en demasía a las cosas materiales. Christopher Dawson, encarando el problema desde un punto de vista europeo, no ve otra solución que la vuelta total a la tradición cristiana. Preconiza una resurrección de la atmósfera espiritual de los últimos grandes siglos de la Edad Media. ¿Será ésta una tarea hacedera? Existe en Europa una situación diseñada, con más claridad en Francia, en donde al lado de la poderosa tradición católica, que arranca por lo menos desde Abelardo, sustentada en seguida por Pascal, Fenelón, Bossuet, De Maistre, Chateaubriand, Pasteur, y representada en nuestros días entre otros por Bainville y Mauriac, se sustenta lozana la corriente del libre pensamiento cuyo caudal han alimentado con brillo Rabelais, Montaigne, Voltaire, Diderot, Renán, Anatole France y tantos más. Asimismo alienta vigorosa en el Mundo Occidental desde hace cinco siglos una tradición de libre examen, de crítica histórica y de ciencia positiva, que no se puede pensar en destruir. Tampoco cabe abrigar este propósito respecto de la tradición religiosa. No parece, pues, realizable la labor de mezclar en un solo cauce las aguas de esos dos ríos del pensamiento.

El mismo problema toma naturalmente mayores proporciones si se le saca del plano europeo y se le contempla en la humanidad. Mirado así, ya no consistiría el objetivo perseguido por Dawson en buscar la armonía entre creyentes e incrédulos de un continente o en someter estos últimos a la tradición religiosa de más arraigo en su zona geográfica, sino en esperar conversaciones en masas de millares de creyentes de diferentes credos que quedarían bajo la inspiración de una sola iglesia triunfante. Casi huelga decir que esto linda en lo quimérico. No me imagino cómo los cristianos, los mahometanos, los budistas o los

sintoístas, pudieran renunciar a su religión para ir a aumentar en masa el ámbito de cualquiera de las otras comunidades nombradas».

¿Habrá que renunciar entonces a encontrar, fuera de las cosas de la inteligencia y de la ciencia, un campo de armonía en el orden espiritual? Tal vez no. Estamos convencidos de que ese campo lo ofrecen los valores éticos y jurídicos esenciales de la convivencia humana. No decimos que la conciliación de los hombres en este terreno sea tarea fácil ni mucho menos. Pero, ¿cómo no convencerse de que no hay para el hombre finalidad más primordial que la de seguir los dictados de la bondad, del amor y de la justicia, que hacen llevadera la vida en común? ¿Cómo no convencerse de que las discrepancias de cualquiera clase que sean deben apartarse para no perturbar el ejercicio de esas normas a la vez positivas y sagradas?

Cada cual quedaría en libertad de representarse a Dios y adorarlo y de asumir ante todos los tópicos religiosos y metafísicos la actitud más conforme a su credo o a sus propias meditaciones. Los altares serían distintos, pero todos los fuegos convergerían al cielo. Nos imaginamos que de estas cosas trascendentes, dentro de la suave tolerancia que podría reinar al respecto entre los hombres, sería dado esperar que se hicieran además órganos de la belleza. Las diferentes concepciones de la divinidad y de los problemas anexos serían como otras tantas sinfonías de diversos autores sobre el gran tema de la creación.

En la veneración del valor abstracto comulgan todos los hombres. Comulgan juntos aún el creyente y el incrédulo que por distintos caminos llegan a un campo común, a la estimación de una misma cosa que los une. Aquel llega, después de describir la parábola de su fe, encontrando detrás de Dios los ideales que orientan la vida de los hombres. El incrédulo, cuya alma no ha sido secada por un escepticismo sin piedad, reconoce directamente la necesidad de esos ideales. Así uno ve el afloramiento de algo

genuinamente humano donde el otro siente una emanación de la divinidad: dos fases para una misma cosa, cuya esencia viene a ser una de las realidades de lo espiritual en la vida.

«El Cristianismo sin revelación y sin dogmas», nos dice uno de estos párrafos, fué el ineficaz deísmo, aspiración del siglo XVIII. Quizá esta sea la solución misma, a las nuevas luces, a las revelaciones nuevas, a las experiencias posteriores. Lo que no fué eficaz por prematuro, por inmaturo en el XVIII, puede serlo en el XX. Las auroras de los tiempos nuevos son lentas y el primer albor del XVIII puede ser la clara mañana del XX, del día pleno del XXI. Los dogmas, he allí lo que no solamente cortó la universalización del Cristianismo, sino que ha venido restándole adeptos y fe, dispersándolo en falanges disidentes y desacreditándolo de infalible y revelado, hasta convertirlo en uno de tantos sistemas políticos ambiciosos de dominio vulgar y temporal con reato de explotación simoníaca, hipócrita e impiamente sostenida por sacerdocios que son los primeros en reír en su interior de la farsa con que medran. ¿Revelación? El sistema está ya fósil en la historia de los tiempos de Noé y de Abraham. Hoy la única revelación procede de la ciencia y la experiencia, de la purificación misma del espíritu humano en los crisoles de la vida y el sufrimiento. Y si Dawson preconiza «una resurrección de la atmósfera espiritual de los últimos grandes siglos de la Edad Media», lógico es presumir que esa resurrección venga equipada con el progreso espiritual alcanzado en los potiores siglos; iluminada con los nuevos conceptos, y ya tendríamos el cristianismo sin la monserga de la iluminación gratuita, de la revelación de privilegio, y de la red de los cánones en que los nuevos pseudopescadores del boato, de la simonía y de la púrpura y de los tesoros, milicias del rico imperio de almas con sede en Roma, pescaron a sus huestes de contribuyentes y de soldados gratuitos y fanatizados, tanto o más autómatas y sugestionados que los armados civiles para las guerras profanas que, si antaño tampoco le fueron ajenas, hoy tampoco lo son, sólo que bajo los me-

dios de la falacia y la diplomacia en delictuosas ententes secretas hasta con sus mismos llamados enemigos visibles en el siglo.

Y lo que se diga de ese pseudocristianismo, mutatis mutandi de las otras religiones guerreras.

Indice otro pesimismo: «No me imagino cómo los cristianos, los mahometanos, los budistas o los sintoístas pudieran renunciar a su religión para ir a aumentar en masa el ámbito de cualquiera de las otras comunidades».

En primer lugar no imaginemos un concilio, un congreso, una conferencia universal a la guisa de nuestras modernas ententes de la Haya ni de la Liga de las Naciones, ni de triángulos y otros expedientes falaces o efímeros. Esas derogaciones de forma se operan por sí mismos, espontáneas, sin acuerdos ni contratos pactos ni conciliábulos, como al andar del tiempo y del acercamiento internacional que hace hoy del mundo una casa propiamente, de rápida y constante comunicación, se vienen absorbiendo unos idiomas a otros, apocopándose ya en tres o cuatro dominantes que, a su vez, refundiéndose entre sí, nos llevarán nuevamente al idioma mundial, cerrando así el ciclo simbólico de la Babel separatista. Y en segundo lugar, no se trata de erradicaciones de esencias, en las que son una todas las religiones, sino en la de las formas, formulismos, ritos, cánones y todas las creaciones humanas con que vinieron revistiendo esas esencias los sacerdocios y la política, encerrando, perdiendo de tal modo esa esencia dentro de las ampulosas formas, y haciéndolas tan diferentes y obscuras como están las semillas dentro de las frutas.—Reconocemos la existencia de un Ser Supremo—Reconoce tu alma y sábelo emanación de ese Ser—Ama a tu prójimo. No hagas a otro lo que no quieras para ti—son fundamento íntimo, más o menos expreso, en toda religión nacida entre seres de razón desarrollada y aun entre las de salvajes y primitivos, si bien se escruta. Y existiendo ese lazo común que a todas las religiones, la religión común no es imposible, si a cada credo lo aleccionan las propias experiencias de la explotación y de la falsía de sus

ritos o de la ineficacia, la relajación y la inutilidad de los sacerdotes pseudointermediarios imprescindibles entre Dios y sus hijos todos.

Aquí muy oportuna la cita del propio libro: «Las leyes escritas impiden el desarrollo del derecho; los dogmas, el del espíritu religioso». N. Hartmann.

«Maritain también habla en términos encomiásticos de un humanismo socialista y comunista, al cual encuentra ineficaz sólo por su ateísmo. Para subsanar este defecto propone el programa de un humanismo integral, formado por la síntesis de la justicia social, aspiración socialista, comunista y también cristiana, con las demás verdades cristianas relativas a lo sobrenatural: en una palabra, poner el óleo de Dios en las fórmulas demasiado secas de una equidad puramente materialista».

Estamos saturados de partidarios, racismo y nacionalismos y por eso todo lo referimos a falanges estatutarias y programáticas, cuya ineficacia política está a la vista; fracasos, ensayos, divisiones y subdivisiones hasta la fracción en grupos; disgregación que cerrado el ciclo evolutivo volverá a la congregación, concentración y unificación, como la nébula. «Como es arriba es abajo», dice un aforismo oriental. ¿Cuál será la fórmula ideal o más relativamente estable? No la podríamos divisar en la atmósfera espesa y agitada que nos envuelve hoy; pero si en marcha paralela van los ideales temporales con los espirituales, el que primero se concentre operará sobre el retardado, infaliblemente, y he allí la humanidad nueva, sin necesidad de cataclismos geológicos, sin diluvios ni Atlántidas hundidas, ni glaciales, que son accidentes de otro orden, por más que pudieran tener influencias indirectas en otros aspectos y aun en estos mismos en unas u otras religiones.

El siglo XX que vivimos, quizá hasta su mitad, quizá hasta sus dos tercios, será el siglo de las negaciones de la incredulidad y desconfianza. No tiene fe en nada; ni en la ciencia, ni en la política, la diplomacia, los pactos, tratados, ligas, tribunales, so-

ciudades; no hay fe en la justicia, en la paz, en la economía, en la amistad, en las religiones, en Dios, en nada. En su final se iniciará tal vez la reacción, quizá después de otra feroz guerra que dé nueva enérgica sacudida a las conciencias. La fe (religiosa) es fundamento esencial de la raza humana; perdida o entibiada, relajada u obscurecida esa, todas las demás creencias se contagian, puesto que en las religiones es que se condensan las más sólidas bases y principios de la humana convivencia. Y la causa de esa muerte de las más puras, altas, sabias religiones, ha sido, tarde lo hemos visto para nosotros, pero temprano aún para el mundo futuro, las *empresas* que a esas religiones les formaron las iglesias y sus sacerdocios. El anhelo y la visión todavía está incierto, indefinido en el alma popular, y por eso se expresa brutalmente en cada estallido, yéndose contra la vida del sacerdote y la existencia de los templos y monasterios. El pseudoateísmo actual es sólo de forma no de fondo. La próxima humanidad se unificará en una creencia deísta sin sacerdocio, y será la cosa más fácil y natural puesto que todas las religiones se fundan en un idéntico fondo, como la humanidad misma en una sola naturaleza. Fueron los cánones, los ritos, los sacerdocios los que establecieron las competencias y las luchas, las guerras y las hecatombes, la rabia y la enemiga, hasta la diferencia de razas y castas, las preponderancias, las políticas, la ambición del reino de este mundo.

¿Qué de monstruosidades en pro de la guerra no han predicado las religiones guerreras de Moisés, de Mahoma, de Roma? ¿Qué de adulaciones y servilismos a las coronas; qué de sofismas, qué de blasfemias tomando todas las guerras el sacrosanto nombre de Dios, llamándolo el de los ejércitos bélicos y bendecidor de las humanicidas armas!

Confíemos en que la nueva humanidad se unirá en la sola creencia del Dios sin intermediarios, sin ministros, administración de bienes espirituales, gobiernos ni sacerdocios, sin *empresas*, del Dios padre, del Dios visible, del Dios directo, del directo acudiente, del Dios sólo en el único altar, el mundo, en la úni-

ca ara, cada corazón, en una sola misa, la de la conciencia en cada cual, cada uno su sacerdote y su ministro. Así será la religión futura.

Recojamos oportunamente estos párrafos de la circunspecta escritora Graziella Garbalosa, de la Habana, quien en uno de sus amenos artículos de crónicas sobre el nacimiento colonial del Teatro en Cuba y su desarrollo hasta hoy, da esta mirada al porvenir, que puede ser profética: «Durante la divina juventud de Grecia el pueblo gustó de fabricar sus expansiones ideológicas: la danza y la poesía se unieron para despertar el entusiasmo por las virtudes nacionales, exitando la anatematización de los vicios, fuera de la monotonía rutinaria de los templos, *donde los sacerdotes eran los únicos histriones*».

«Ante esas deducciones, predijo sin gran esfuerzo que el teatro futuro será religioso. ¿Cuál será su religión? Yo deseo vislumbrar que el archipiélago de las Antillas desempeñará un papel importantísimo en las artes y el intercambio comercial del porvenir».—DR. MODESTO CHÁVEZ FRANCO.



EL HOMBRE Y LA SOLEDAD EN LAS TIERRAS MAGALLÁNICAS, por
Domingo Melfi.—Ediciones Atenea, 1940

El conocido escritor argentino Ricardo Tudela, ha enviado al autor del libro sobre las regiones magallánicas el siguiente juicio:

Señor Domingo Melfi D.

Admirado escritor y amigo:

He recibido su reciente libro «El hombre y la soledad en las tierras magallánicas». Le agradezco muy de veras ese obsequio.